

En 7 de marzo de 1785 apareció un edicto condenando á seis de ellos á prision perpetua, cuatro sacerdotes chinos á destierro, y treinta y cuatro cristianos á destierro, á la canga y á otras diversas penas. El edicto mandaba que se siguiera haciendo pesquisas, y recomendaba á los mandarines que por medio de tormentos obligasen á apostatar á los cristianos. La persecucion se renovó con nuevo furor, produciendo una alarma general, viéndose los misioneros en la precision de tener que andar huyendo y escondiéndose. No faltaron algunos que para no comprometer á sus bienhechores, se delataron á sí mismos. Llegaban á Pekin presos de todos los puntos del imperio, y los gobernadores de muchas provincias ejecutaban con estremada diligencia las órdenes del emperador.

Cuando creyeron haber aprehendido á cuantos misioneros habia en la China, el emperador publicó el 9 de noviembre otro edicto perdonándoles la pena de encarcelamiento dada contra ellos, y dejando á su eleccion el permanecer en Pekin, ó el retirarse á Macao. Pero nada se decia en este indulto tocante á las penas impuestas á los cristianos del pais, cuyo delito por solo esta circunstancia era considerado como mas grave. Muchos de ellos tuvieron que salir para el destierro, y los que inspiraban sospechas de ser sacerdotes eran tratados con mucho mas rigor, perdiendo no pocos la vida en el destierro. Por lo tocante á los europeos, unos aprovechándose del permiso del emperador, se quedaron en Pekin; otros prefirieron retirarse á Macao y pasar luego á Manila, esperando una circunstancia favorable para volver secretamente á la China y consagrarse otra vez al servicio de las misiones, como lo verificó el obispo de Caradre en 1787, seguido de muchos de sus compañeros de destierro. Todos estos volvieron con nuevo ardor á sus sagradas tareas, con algunas prudentes precauciones, y trabajaron en cicatrizar las heridas que la última perse-

cucion habia abierto en esta mision. No parece que Kien-Long, que vivió hasta el año 1798, volviese á inquietarlos nuevamente, y salvas algunas alarmas pasajeras y algunas vejaciones locales, los misioneros multiplicaron el número de los adoradores del verdadero Dios en aquellas vastas regiones.

Sin embargo, los fieles se vieron de nuevo casi á punto de tener que comparecer ante los tribunales, si no precisamente por cristianos, á lo menos por sediciosos.

A fines del 1790, dos bonzos de la secta de los Tao, concibieron el proyecto de acabar con la dinastía reinante. Habian elegido por emperador á un jóven de veinte y tres años, de la hez del pueblo, y espulsado del seno de su familia por su mala conducta. Cierto fisionomista, que ganaba el sustento diciendo la buenaventura, sostenia que segun las reglas de su arte, aquel jóven habia nacido para ser emperador. Dando los dos bonzos crédito al horóscopo, hicieron tomar al futuro emperador el nombre de Tchou, añadiendo un apellido que le colocaba en la línea de un emperador de la dinastía de los Min, y despues dieron parte de su proyecto á algunos magnates supersticiosos y ricos. Estos atrajeron á un gran número de cómplices, prometiendo empleos á unos y eximiendo á otros de contribuciones.

Un nuevo catecúmeno, que habia abrazado la Religion despues de haber perdido toda su fortuna al juego, no supo resistir á su codicia y ambicion. Ofreció sus servicios al bonzo, gefe de la revolucion, y alcanzó la promesa de un gran mandarinato. Su hermano mayor, que hacia diez años estaba bautizado y revestido de una dignidad que habia comprado antes de ser cristiano, fué el primero que se dejó seducir. Su ejemplo fué seguido de otros dos ó tres, á quienes se proporcionó una entrevista con el bonzo. Estos cristianos principiaron por exhortar al bonzo á que abrazase la verdadera Religion, á lo cual les

respondió que él se hallaba encargado de dirigir los intereses del emperador su amo; que por su parte no les impedia que velasen por los intereses del emperador del cielo, pues su Religion era buena, y que nada tenia de bonzo mas que el traje, que no le usaba sino para sacar mejor partido de la preocupacion del pueblo. Los cristianos dijeron que ellos no pedian honores ni dignidades, sino únicamente la libertad de la Religion, cuya gracia les fué otorgada fácilmente. Hay que advertir que el generalísimo era un gefe de pretorianos, cuya familia contaba la mitad de sus individuos en la verdadera Religion, y hasta tenia dos hijas que habian recibido el Bautismo.

El momento señalado para la egecucion era el último dia del año, en cuyos momentos el pueblo acostumbra entregarse á toda clase de desórdenes. El punto general de reunion de los insurgentes eran las montañas: no se hablaba por todas partes mas que de la revolucion futura, y sin embargo, el gobierno permanecia perfectamente tranquilo.

Cinco dias antes del término fijado para la egecucion, dos cristianos se presentaron al obispo de Caradre, diciéndole todo lo que sabian acerca de la revolucion en que se habian comprometido. El prelado les reprendió vivamente, diciéndoles que debian denunciar aquel complot para salvar el honor de la Religion. Los dos cristianos se manifestaron dispuestos á obedecerle; pero ya no era tiempo: habianse anticipado ya algunos paganos, y ya andaban las autoridades haciendo diligencias para prender á los culpables. El titulado emperador fué arrestado al dia siguiente al salir de la ciudad. Sobre su persona se encontró una lista de los principales conjurados, dignidades que habia prometido, y cantidades de dinero que le habian entregado. Al presentarse ante los tribunales declaró ser el emperador que debia reinar, insultó á los mandarines con el mayor descaro, y no quiso ponerse, segun costumbre,

de rodillas ante ellos, pues decia: «que un emperador jamás dobla la rodilla ante sus vasallos, y que de allí á muy pocos dias les enseñaria á respetarle.» Este tono de arrogancia pareció intimidar á los jueces, pues se abstuvieron de maltratarle y se contentaron con tenerle cuidadosamente vigilado en la prision.

Entonces cundió por todas partes la voz de que los cristianos iban á sublevarse. Uno de los grandes mandarines, haciendo caso de estos rumores, intentó proceder á la prision de los fieles; pero el principal juez en la causa de los conjurados se opuso enérgicamente á esta medida. «Si se desea, dijo, comprometer en este asunto á la Religion cristiana, desisto de mi cargo; porque yo conozco á fondo esa Religion, y salgo garante de que no tiene parte alguna en la sedicion.» Este dictámen fué el que se siguió, dictándose únicamente la providencia de examinar en secreto á los cristianos; pero sin molestar á ninguno de ellos por causa de su Religion.

Hiciéronse diligencias para encontrar al catecúmeno de que hemos hablado, asi como á su hermano y al resto de la familia, pues estaba inserito como mandarin en la lista del pretendido emperador: registráronse y aun se cometieron algunas tropelías en varias casas de cristianos. En fin, viéndose este hombre sin asilo, resolvió entregarse espontáneamente; pero entonces se acordó de que era cristiano, y sabiendo que su vida no podia ya prolongarse mucho tiempo, quiso recibir el bautismo. En tanto que estaba deliberando sobre el particular, llegaron los soldados que venian á prenderle: uno de ellos que era cristiano, le exhortó á que se bautizara, y se ofreció á llevarle al sitio en donde estaba Pottier, obispo de Agathópolis, saliendo fiador del preso ante sus compañeros paganos. Llévaronle, pues, á la puerta de la casa del obispo, y quedándose de guardia al rededor de ella, dejaron que el soldado subiera con el preso á las habitaciones. Este desgraciado abominó su crimen, pidió



perdon del mal ejemplo que habia dado, y prometió solemnemente no denunciar á ningun cristiano: en vista de esto, y habiéndole dado toda la instruccion compatible con aquellas circunstancias, recibió las aguas del bautismo, saliendo acto continuo de la casa para ser conducido al pretorio. Temiendo el obispo de Agathópolis que la venida del catecúmeno á aquella casa la hiciese sospechosa, quiso salir de ella; pero los cristianos sostuvieron que nada habia que temer, y que solo debia tratarse de poner en seguridad los efectos pertenecientes á la Religion, lo cual se hizo del mejor modo posible. Sin embargo, al dia siguiente fué allanada la casa, y se dió orden de encadenar á cuantas personas hubiese en ella, no siendo mugeres ó ancianos: el prelado pudo librarse por esta última circunstancia; pero su catequista, un sacerdote chino y el catequista de este, juntamente con todos los demas cristianos de la casa, fueron encadenados y conducidos al pretorio. No habiendo podido el catecúmeno resistir al rigor de los tormentos que le aplicaban para arrancarle la confesion de sus cómplices, habia denunciado al hijo del dueño de la casa, y á otros tres ó cuatro cristianos, de haber contribuido á sostener la revolucion por medio de una cantidad de dinero. El sacerdote chino y los dos catequistas fueron interrogados los primeros sobre el motivo con que se hallaban en aquella casa, y sobre las relaciones que tenian con los acusados. «Nosotros habiamos ido allí, respondieron los acusados, para felicitarles una buena entrada de año, segun la costumbre, y nada sabiamos absolutamente de las acusaciones que hay contra ellos: no teniamos tampoco mas relaciones que el ser cristianos como ellos; por lo demás, no tenemos compromiso alguno en este negocio, y los soldados nos han preso sin tener orden que se lo mandara.»—El mandarin replicó: «la Religion cristiana está prohibida por las leyes del imperio: por lo tanto es preciso renunciar á ella.» Los cristianos respondieron

que nada de eso harian. El mandarin mandó darles veinticinco palos á cada uno y los envió á la cárcel. Al cabo de ocho dias, despues de haberse cerciorado de que no tenian parte alguna en la revolucion, los puso en libertad, diciendo: «Volved á vuestras casas y orad si os acomoda, pues por mi parte no os incomodaré.» Esta sentencia llenó de consuelo á los cristianos; pues vieron que el gobierno no tenia prevenciones contra la Religion, ni daba crédito á los rumores injuriosos que se esparcian contra ella.

Mas habiendo al propio tiempo un mandarin que andaba de patrulla preguntado á unos infieles si sabian que en algun punto de aquellos alrededores hubiese reuniones sospechosas, le respondieron que solo los cristianos eran los que tenian frecuentemente numerosas asambleas, y que aquel dia, por ser su dia de fiesta ó domingo, estaban reunidos hombres y mugeres: además de esto se ofrecieron los delatores á escoltar al mandarin. Los cristianos, que estaban muy distantes de pensar en semejante sorpresa, estaban cantando en alta voz las oraciones del domingo. Circunvalaron los soldados la casa y entraron en ella; pero el mandarin se contentó con encadenar once cristianos, y los condujo al pretorio en medio de una turba de pueblo que gritaba: *Mueran los cristianos con los revoltosos.* Al mismo tiempo llegó un alto funcionario militar encargado de perseguir á los rebeldes. El mandarin que acababa de prender á los cristianos, quiso darle cuenta de lo que acababa de ocurrir y poner á su disposicion los presos. «Muy mal habeis hecho, le replicó el mandarin militar: los cristianos no están comprometidos en estos sucesos, y hay orden de no incomodarlos: ponelos cuanto antes en libertad.» El mandarin los tuvo custodiados fuera de la prision, pero dentro del pretorio; les interrogó oficialmente, y les dijo que deseaba saber si realmente eran cristianos. Para convencerse de que lo eran les hizo recitar á todos sus oraciones, compa-

rando su esactitud con las de un libro que tenia en la mano; y habiéndoles luego exigido una declaracion por escrito de que eran cristianos y de que prometian no tener comunicacion alguna con los revolucionarios, les puso en libertad sin mas vejacion. Los infieles esperaban una sentencia mas rigurosa: muchos de ellos habian dicho que, si los cristianos salian indemnes, no exigirian mas pruebas para decidirse á abrazar el cristianismo, y así lo hicieron en efecto.

Estas dos sentencias dadas en tan corto intervalo contuvieron los clamores de los paganos, que principiaron á desengañarse de sus prevenciones; pero los rebeldes que habian sido denunciados, testigos de las buenas disposiciones del gobierno en favor de los fieles, quisieron aprovecharse de ellas.

Hubiérase dicho que la mayor parte de ellos se habian convenido en declararse cristianos. Así se lo decian á los soldados que iban á prenderlos á sus casas, donde aun se veian sus ídolos: y así lo aseguraban descaradamente ante los jueces, quienes para convencerlos de impostura les preguntaban oraciones cristianas, de las que por supuesto no sabian una palabra. Así es que, los jueces, convencidos de que los verdaderos cristianos eran calumniados, no hacian caso de los paganos acusados que se daban por cristianos. Cansados al fin de tener que andar averiguando sus imposturas: «Que seas ó no cristiano, les decian, no es cuestion de este momento: el resultado es que tú eres un rebelde, y es preciso que confieses tu crimen.» Así es como Dios permitió el castigo de los cristianos culpables y salvó del oprobio á la Religion. El catecúmeno, despues de haber confesado su crimen y denunciado á los cristianos que habia seducido, fué citado ante el tribunal del juez principal, precisamente del que se habia declarado fiador de la Religion cristiana. El desgraciado, sea que tratase de ablandar al juez, sea por cualquier otro motivo, principió sus des-

cargos declarándose cristiano antes que se lo preguntaran. El juez, llenó de indignacion, le trató de impostor. «Yo, le dijo, conozco bien tu Religion: ella manda que se obedezca fielmente al soberano, y sus sectarios jamás se meten en revoluciones.» En seguida mandó darle un gran número de bofetones para que se desdijera de ser cristiano, y habiéndosele redoblado la cantidad de estos en vista de su insistencia, concluyó por apostatar. El hijo del cristiano, en cuya casa residia el obispo de Agathópolis, confesó que amedrentado por el catecúmeno que le amenazaba con una próxima matanza, le dió cinco taels para redimirse él y su familia. Los demas cristianos acusados hicieron la misma declaracion.

Los mandarines, temiendo manifestar al emperador la verdadera situacion de las cosas, le presentaron este asunto como una simple superchería de los bonzos, que habian fraguado una especie de revolucion para sacar del pueblo el dinero que necesitaban para construir una gran pagoda. Los principales gefes fueron hechos pedazos, decapitados sus ministros, puestas sus cabezas en escarpas, y finalmente los que habian tenido pretensiones al mandarinato fueron ahorcados, entre ellos el catecúmeno.

Pottier, obispo de Agathópolis, de quien hemos tenido ocasion de hablar, dejó curiosos detalles sobre el estado y necesidades de las misiones de la China.

Este prelado tenia á su cargo la administracion de tres provincias, cuyas diversas cristiandades se hallaban tan distantes las unas de las otras, que era preciso hacer algunas jornadas para ir de la una á la otra. En estas tres provincias no habia mas que trece misioneros, y así es que muchas cristiandades no podian ser visitadas mas que de dos en dos años.

Fácil es comprender cuántos inconvenientes traeria consigo esta práctica en un pais en que no hay libertad de ser cristiano, donde



era un crimen serlo, y en donde este pretendido crimen era castigado con frecuencia. Preciso era, pues, remediar este inconveniente; pero no podia hacerse sino empleando medios muy costosos.

El primero consistia en fundar escuelas. Los hombres se encargaban de instruir á los niños, y muchas mugeres piadosas y experimentadas se habian consagrado á la misma buena obra en favor de las niñas. Se imponia una cuota de dinero entre los cristianos para atender á los gastos y manutencion de estos maestros ó maestras; pero en las cristiandades pobres estos gastos corrian por cuenta de la mision, y esta era quien indemnizaba tambien á los padres menesterosos del trabajo de los niños algo grandes que asistian á la escuela; lo cual solia costar á la mision mas de cien doblones al año.

El segundo objeto de gastos eran los libros. Habíase mandado imprimir un gran número de ellos y se distribuian gratis, temiendo que la avaricia, que es el vicio dominante de los chinos, fuese un obstáculo para su instruccion. Como en aquellos últimos años habia crecido considerablemente el número de prosélitos, el gasto de los libros habia tambien subido á tales proporciones, que apenas se podia atender á la mitad de las necesidades.

El tercer medio para sostener la fé entre los cristianos y estenderla entre los infieles era la mision de los catequistas, que son de dos especies. Hay algunos de ellos que están constantemente fijos en una cristiandad, y por lo regular son cabezas de familia, celosos, instruidos y de una edad algo avanzada. En casa de estos es donde los cristianos se reúnen los días festivos y cuando ocurre la visita del misionero. Tambien concurren al mismo sitio los recién convertidos para instruirse en los preceptos de la Religion: y esto ocasiona á los catequistas considerables gastos, particularmente cuando es grande el número de prosélitos. Por lo tanto, es preciso que la mision les ayu-

de. Los otros catequistas, que podrian llamarse *ambulantes*, están principalmente destinados á la conversion de los infieles, y cada misionero dispone de un cierto número de ellos. Cuando hay esperanzas de conversion en algun punto, envia allí á sus catequistas para que refuten las supersticiones del pais y prediquen la verdad; estos son los que mas peligro corren. No seria prudente que los misioneros, particularmente siendo europeos, que por su color, aspecto y acento son tan diferentes de los chinos, se presentasen ante ellos sin precaucion alguna. Segun las leyes del pais, hay dos crímenes capitales contra los misioneros; el primero consiste en no ser naturales del pais, y el segundo en ir á predicar el cristianismo. Para poner á la mision en el último conflicto, bastaria que hubiese un hombre de mala voluntad que delatase al misionero. Estos catequistas ambulantes son, pues, los que preceden á los PP., disipan las primeras dudas de los paganos y siembran en los ánimos las primeras semillas de la fé. Cuando los infieles se daban á razon, habian adorado á Dios y destruido sus ídolos, y en su conducta se veian señales de sinceridad, el misionero pasaba á visitarlos y á instruirlos mas particularmente, preparándolos poco á poco para el bautismo. La mision tiene que pagar los gastos que estos catequistas se ven en el caso de hacer á causa de sus viajes. Si fuera posible doblar el número de estos catequistas, no tardaria en haber muchos millares mas de cristianos.

El cuarto motivo de gastos consiste en dar á los fieles rosarios, crucifijos, medallas y otros objetos de devocion. Esta práctica aleja á los cristianos de las costumbres supersticiosas del paganismo, que hace llevar á sus infelices sectarios muchos signos de su idolatria, que además acostumbran fijarlos en cada rincon, por decirlo así, de sus casas: no es, pues, inútil el gasto que se hace para apartarlos de esa malhadada práctica.

Aumentándose el número de fieles, era pre-

ciso ver de aumentar tambien el de los misioneros. En tiempo del obispo de Agathópolis no se podia espesar del seminario de las misiones extranjeras mas que un reducido número de sacerdotes á causa de las grandes cargas que sobre él pesaban. Y si en 1782 este seminario no podia sufragar á todos los gastos de las misiones, ¿cómo podria hacerlo ahora, que despojado de los cuantiosos bienes que entonces poseia, apenas cuenta con mas recurso que las liberalidades de personas piadosas que tienen celo por la propagacion de la fé? Los gastos para la partida de los misioneros desde estas á aquellas regiones son tambien considerables: la mayor parte de los viajes hasta llegar allá son por cuenta de la corporacion: es preciso asignar al misionero para alimentos, que por lo regular importan al año quinientas libras, y proveerles además de un oratorio completo: preciso es tambien sostener oficinas de correspondencia, particularmente en las Indias, para poder introducir á los misioneros en sus respectivos destinos; preciso es tambien sufrir algunas veces pérdidas que no se pueden reparar sino por medio de empréstitos; con el curso del tiempo estas deudas se aumentan: y por todas estas razones el seminario se ha ido viendo en el caso de reducir el número de misioneros, á fin de ocurrir al pago de las deudas mas apremiantes. Así es que, no pudiendo contar con el seminario para todas las necesidades, se procura allí suplir á ellas con la formacion de un clero indigena ó nacional. Elígense entre los hijos de los cristianos los que manifiestan mas disposicion, tanto para la piedad como para el estudio. Se les reúne en un pequeño colegio bajo la direccion de un misionero europeo ocupado principalmente en este objeto, y se les instruye en la lengua latina. Todos ellos son mantenidos por la mision. Aun no hace mucho tiempo los que siendo todavía jóvenes daban buenas esperanzas, eran enviados al caba de uno ó dos años de pruebas al colegio

general de la orden, situado en la costa de Coromandel, que fué disuelto hacia el año de 1782. Los mas adelantados en edad permanecian en el colegio pequeño y aprendian la parte esencial de la teología positiva y moral, y á leer simplemente el latin sin comprenderlo, y últimamente eran ordenados, cuando legitimamente podian serlo, en virtud de una autorizacion ó dispensa de la Santa Sede. Los que de este modo eran elevados al sacerdocio, desempeñaban por lo general las funciones de catequistas y se distinguian en su ministerio. Siguese esta práctica con tanta constancia, cuanto que sin contradiccion es el medio mas á propósito para perpetuar la Religion en aquel pais. Si todos los europeos fuesen encarcelados ó tuviesen que dispersarse como ha sucedido ya, los cristianos se encontrarían privados de todo recurso. Las desgracias del Japon han hecho comprender la importancia de esta obra. Cuando espulsaron ó dieron muerte á los europeos que allí se hallaban, cerrándoles las puertas del pais, aquella cristiandad tan floreciente y que contaba tantos mártires cayó por falta de un clero nacional bastante numeroso.

El obispo tiene que elegir un punto fijo de residencia; no para fijarse en el habitualmente, porque las necesidades de la mision exigen de él correrias y visitas casi tan largas y repetidas como las de los demas sacerdotes, sino porque aquella residencia es necesaria para facilitar á los misioneros y cristianos el poder recurrir á su persona cuando lo han menester. La casa episcopal se halla por lo regular situada en el centro de toda la mision, y en donde la cristiandad es bastante numerosa. Las paredes de la morada del prelado son de adobes blanqueados con cal: otro cuerpo de la habitacion, regular y cubierto de tejas, sirve de capilla; todo lo demás está construido con cañas del pais y cubierto con paja, de manera que apenas puede el interior estar preservado de la lluvia. El obispo permanece al-